

RIVERA

PUBLICACION QUINCENAL

(PORTE PAGADO)

Director: CARLOS TRAVIESO

Administrador: MANUEL TRONCOSO

Montevideo, 30 de Mayo de 1914

ADMINISTRACIÓN: LOCAL DEL CLUB RIVERA

Año VII

Núm. 17

El General Rivera en Maldonado

(1847)

Penurias de la guarnición

é inculpaciones á Rivera

Enérgica defensa del Coronel Feliciano González

De los apuntes originales que conservamos, pertinentes a militares de nuestros tiempos heroicos, hemos entresacado y conocen nuestros lectores más de una anécdota del extinto Coronel Feliciano González, soldado veterano que, desde los campos de Yucutujá, del Palmar y de Cagancha, en que se iniciara entre el humo de los combates y el clamor de las dianas triunfales de los ejércitos de Rivera, hasta las murallas homéricas de la Defensa de Montevideo y los memoriales llanos de Caseros, desde las épicas gestas del General Flores en la Cruzada Libertadora y en la guerra del Paraguay hasta las hazañosas acciones y batallas campales de José Gregorio Suárez en las sierras y cuchillas patrias de la revolución del 70, no escatimó su sangre en 40 años de combate, invariablemente siguiendo las banderas de la independencia nacional y de las libertades públicas, con esa ingénita abnegación y fidelidad que es general patrimonio de los hombres de su raza.

El «negro Feliciano»—como le decían afectuosamente sus compañeros de armas, se le conocía popularmente y, llegado el caso, él mismo, con verdadera humildad no exenta de nobleza, no excusaba de llamarse, según lo hemos visto en alguna de sus publicadas anécdotas,—el negro Feliciano, repetimos, estaba dotado de una cualidad que suele ser bastante común en los hombres de larga y apasionada actuación: la de la expresión característica y la observación típica, la de la facilidad, elocuencia y encanto de los relatos. Hemos observado esto, en particular, en aquellos hombres de armas, sobrevivientes de nuestro pasado histórico, a quienes hemos tenido la suerte de tratar, y con los que hemos aprendido lo poco que sabemos de la índole de nuestros sucesos pretéritos, siempre difícil de

penetrar ateniéndose tan sólo a los narradores de erudición bibliográfica.

El Coronel Feliciano refería hermosísimas anécdotas, muy pocas de las cuales alcanzamos a tomarle—y eso después de conversación impensada—por la dilación que siempre daba al plan que le propusimos un día de escribirlas.

Lleno de positivos méritos, conforme desde luego lo revela el hecho de que siendo negro había alcanzado en la milicia la alta gerarquía de su grado, habiendo vivido la mayor parte de su vida en épocas en que los grados apenas se daban por acciones distinguidas en los campos de batalla, era el Coronel Feliciano González, al par que un espíritu despejado, un enamorado entusiasta de todo lo que tuviese atinencia con su partido, desde las cosas abstractas a las materiales, desde los principios, glorias y tradiciones de su credo hasta el color de la divisa y los vivos de su uniforme, el cañoncito de bronce con que supo poner una bala en el centro de la columna enemiga, el porte marcial de la tropa criolla, la bizarria de algunos jefes, el valor legendario de otros, la elocuencia vibrante y efectiva de Pacheco, la figura principesca y seductora hasta lo increíble del General Rivera.

Se hallaba así el Coronel Feliciano González en circunstancias especiales de información y de juicio respecto de las personalidades y de los sucesos de su tiempo, pues si por sus prendas, carácter y cargos se daba con los hombres más conspicuos de la República, por su misma condición de hombre de color se veía en el caso de una espontánea reserva y modesta penumbra que, con relativas abstracciones, favorecía el campo visual de su inteligente observación.

Profundamente sincero y veraz, notablemente acertado en sus aprecia-

ciones, lo que decía de nuestro pasado tenía tal importancia que es lástima no haya quedado consignado totalmente por escrito.

Hemos creído conveniente este breve preámbulo a su respecto en el deseo de que se dé la significación que merece a la palabra del benemérito servidor a que nos referimos. Teniendo presente estos antecedentes será mejor justipreciada la indignación patriótica con que el Coronel Feliciano González, como ciudadano, hombre de bien y testigo presencial, rechaza y contesta las imputaciones absurdas que constituyen el asunto que hoy nos ocupa, dirigidas por algunos hombres de la Defensa de Montevideo contra el General Rivera, por hechos que tuvieron a bien atribuirle a éste cuando la Defensa de Maldonado en 1847.

El Coronel Feliciano González se contó entre los defensores de esta última plaza, y sirvió también largo tiempo en la Defensa de Montevideo. Conoció de cerca a los personajes que dentro de ella hicieron tan encarnizada como injusta y extraviada oposición al General Rivera. Estaba perfectamente al cabo de sus debilidades, de sus pasiones y de sus méritos.

Grande admirador y partidario de Pacheco, acerca de quien hablaba a menudo con intenso cariño y respeto, tuvo sin embargo la suficiente serenidad y buen juicio para comprender sus lijerezas y ambiciones, y no lo acompañó en el error, ni menos en las faltas, de su accidental lucha contra el General Rivera. Otros persistieron más que Pacheco contra el General Rivera, y demostraron una animosidad a que no llegó jamás aquel patriota ilustre. Contra ellos se pronunciaba severamente el Coronel González, según se desprende de las expresiones suyas que al pie de estos renglones reproduciremos.

Las personalidades de la Defensa de Montevideo,—cuyos poco tradicionalistas secueces suelen calificar aún al partido colorado, por antonomasia, de «partido de la Defensa de Montevideo»—se propusieron anular, para sustituirla por la influencia ocasional e improvisada de ellos mismos, la legítima, tradicional y alta influencia del General Rivera en el país.

Semejante utopía, que impulsó a

aquellas personalidades a cometer las más graves extralimitaciones, saltando por encima de todo reparo, sufrió, como era natural, un rudo cuanto merecido fracaso; pero a esa utopía, mezcla en buena parte de inexperiencia, de falta de sólido patriotismo, de sugerencias extranjeras, y de pretensiones de suficiencia en hombres venidos repentinamente a más, habrá siempre que atribuirle: la negativa, bajo diferentes pretextos, de prestar al General Rivera refuerzos de infantería de la plaza, cuando en los primeros meses del Asedio tenía este sitiado en el Cerrito, privado de todo movimiento, y reducido a la impotencia, a Oribe, que debió ser entonces batido con el auxilio de los refuerzos solicitados, ahorrándose así a la República las calamidades que subsiguieron de la guerra de nueve años; la negativa de parecidos refuerzos, que ofreció entusiastamente la Legión Francesa, dos años después, cuando fueron nuevamente pedidos por el General Rivera, hasta en la víspera de la batalla decisiva de India Muerta, la cual, perdida, dejó librada sin remedio la campaña al vandalismo del invasor; el destierro del General Rivera, desde la plaza de Maldonado, bajo la espiciosa alegación de que aquél había anidado en indebidas comunicaciones con el invasor, no obstante haber sido llevadas las tales, a conocimiento inmediato del señor don Joaquín Suárez, por el propio Rivera, cuyo destierro estaba ya con toda anticipación resuelto por los hombres de Montevideo; el encierro posterior, inaudito e inícuo del General Rivera, por más de un año, en una fortaleza extranjera, a petición y por influencia del Gobierno de la Defensa de Montevideo (¿del «partido de la Defensa»?), cuando el General Rivera, ausente del país, sin mando, sin autoridad oficial, sin nada, mal visto por el Emperador del Brasil, por el Dictador de Buenos Aires y por el Gobierno de los prohombres de Montevideo, no ofrecía peligros de pérdidas de batallas, ni de comunicaciones con el invasor—que eran los pretextos al principio aducidos.

Decíase, sin embargo, que ofrecía entonces un nuevo peligro, sino se le encerraba en lejano y estrecho recinto (¿quién sabe hasta dónde hubieran podido llegar los pretextos?): el de que en libertad evitase u obstaculizase la alianza que en Montevideo se tramaba con Urquiza.

De todo ello, bien claramente se deduce que el gravísimo peligro que ofrecía y era inseparable del General Rivera, no era otro que el que hemos enunciado precedentemente y queda implícitamente reiterado, el de su incontrastable, superior y glorioso ascendiente en su patria, frente a las pequeñeces de los hombres de «la Defensa».

El principal factor de todos los ata-

ques, maquinaciones y asechanzas contra la reputación y la persona del General Rivera, fué el *ilustrísimo* diplomático, político y prócer montevideano, señor doctor don Manuel Herrera y Obes, a quien Dios conserve muchos años en su santa gloria.

El doctor Herrera y Obes y algunos otros hombres de la Defensa de Montevideo, para cohonestar sus profanaciones contra el nombre y la persona de una entidad a quien la patria es deudora de todo, pretendieron también, en sus tristes ofuscaciones y ciegas animosidades, manciillar, con el mismo género de inculpciones mezquinas que señalaron la insidia y la mala fé de Oribe cuando su pedido de rendición de cuentas a la Comisaría del Ejército en campaña durante el último año de la primera presidencia de Rivera, que fué el de los postreros movimientos revolucionarios de Lavalleja, quien, como es bien sabido, soliviantado en sus odios y cesapoderadas pasiones, lanzose, en aquella época, contra su propio país, según los planes y con los elementos del Dictador de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas.—Esas cuentas, conforme era de notoriedad, muy difícilmente hubieran podido ser llevadas en forma en aquellos tiempos, siendo así que en circunstancias semejantes tampoco lo hubieran sido en ningún otro, por lo que el General Rivera no debió haberse preocupado de hacer que dichas cuentas se presentasen, pasada, sobre todo, como estaba, la oportunidad de obtener con exactitud y rigor los datos que se requerían; y hubiera evitado de tal modo los reparos formulados contra ellas con farisáicos y miserables propósitos.

Precisamente a esta clase de cargos contra Rivera en la administración de las fuerzas de la guarnición de Maldonado, que fueron por el estilo de los que, como a administrador, le hicieron los aludidos personajes de Montevideo, y son los que inspiran la poco feliz, pretendida defensa que del General Rivera hace al respecto el General Pacheco en las *Notas* suyas que en este número publicamos, responden en particular las frases y anécdota que van a leerse del Coronel Feliciano González:

PALABRAS DEL CORONEL GONZÁLEZ

«El que diga delante de mí, que me venga a decir que el General Rivera jugaba las raciones o las vendía en la guarnición de Maldonado, ¡soy capaz de escupirlo a la cara!

«Era tan grande el hambre—hacía tres días que no comíamos, incluso el General, a no ser que hubiese conseguido alguna gallina—que el General Rivera estaba desesperado, y pasando un pailebot a la vista mandó que le hicieran señas para que arribase. Venía de Río Grande, con un

cargamento de fariña muy fina, grasa, porotos, aceite, arroz.

«Rivera le dijo al Capitán si le quería vender el cargamento, que él le daría una orden de pago, no para el Gobierno, sino para su esposa Doña Bernardina; en prenda, a más de la orden, le entregaría sus charreteras y su faja.—No señor,—dijo el Capitán; la orden es bastante.

«¡Nos dimos un empacho de fariña!...

«El pailebot vino a Montevideo y Doña Bernardina abonó el importe del cargamento. Hoy ya no hay hombres testigos de esto; pero está Doña Obdulia Irrazábal, y la viuda de Belén, que en aquel tiempo era muy joven. Está también, es verdad, el secretario del General Rivera, gallego, Francisco Bravo; vive en Buenos Aires.

«Después del destierro del General Rivera, en Maldonado, estando yo en Montevideo, estaba el Ministro de la Guerra don Lorenzo Batlle mirando dar cuenta, con los dedos pulgares metidos en los bolsillos del chaleco y haciendo sonar con los otros dedos la onzas que allí tenía.—Me paré delante de él, y me preguntó secamente qué se me ofrecía. Le pedí una ayuda por las necesidades que pasaba hacia tiempo.

—«¿Y el General Rivera no le daba a usted?

—«Si no tenía, señor, qué había de dar!

—«¿Y qué hacía de las raciones, las vendía?

—«¿Cómo! ¿si las vendía? ¿Dónde las iba a vender? ¿Quién se las iba a comprar en Maldonado? ¿Quién tenía dinero? A no ser que las viniera a vender al Buceo!

—«¿Y las raciones que se les mandaba siempre?

—«Cada dos meses, señor, no iba más que la *Consolación* con 4 bolsas de porotos, 4 de arroz y 4 de fariña, un poco de grasa y una bordalesa de vino.

«No sé cómo no me amoló aquel día!

«Eran unos porotos podridos los que nos mandaban!

«A propósito de Manuel Herrera y Obes y del destierro de Maldonado, dijo *El Defensor* del Cerrito:

«Hubo un tiempo en que Rivera Cincuenta mil pesos dió
A quien hoy lo desterró
Porque ya dar no pudiera.»

Una acotación a las *Notas* del General Pacheco

Ya hemos subrayado la superficialidad literaria con que el Sr. General Pacheco trata asuntos tan fundamentales, de la organización nacional, como el de la razón de ser de los partidos tradicionales, no obstante la atingencia que ellos tienen con la ra-

zón de ser de la larga actuación del propio Sr. General Pacheco en uno de ellos.

En lo referente a la administración de Rivera, las apreciaciones del Sr. General son extravagantes hasta el absurdo.

En primer lugar es falso que el régimen colonial hubiese adoptado como lo aseveran las *Notas* de la referencia, el sistema de corrupción que expresa el Sr. General Pacheco. Contra tales apreciaciones existen los mayores comprobantes, bastando por sí solos, para destruirlas, los *juicios de residencia* a que se sometía a todos los empleados del Rey que hubiesen desempeñado elevados cargos en las colonias. Es también falso, de consiguiente, que semejante sistema hubiese podido ser heredado, como cosa legítima y corriente, por los descendientes y sucesores de la dominación española.

Si fuera verdad que los hombres de la época de nuestra independencia, y subsiguiente organización constitucional, tenían las ideas de los mandones coloniales, a quienes se decía, según pretende el Sr. General Pacheco, «vaya usted a gozar de tal puesto, y en tantos años debe darle tal fortuna», habría que llegar a una de estas conclusiones: o no eran tales entidades de la patria aquellas que sirvieron con el General Rivera, a pesar de que siempre se les ha tenido y respetado en ese carácter, puesto que habrían escalado las altas posiciones oficiales con la principal, sino única mira, de enriquecerse personalmente saltando por encima de todo escrúpulo, siendo por tanto ficticios su devoción y sacrificios por el bien general; o los más grandes hombres del país no pasaban el nivel de las ínfimas vulgaridades humanas, en cuyo caso, y siendo esa la talla de los patricios y eminentes factores de la nacionalidad, costoso sería de manejar el molde de las medianías, y más difícil aún imaginar hasta donde habría que bajarse para medir la estatura de las pequeñas individualidades.

En cuanto al General Rivera, son tan gratuitas y desprovistas de sentido las afirmaciones de las *Notas* del Sr. General Pacheco con relación a la materia de que nos ocupamos, como lo revela el ejemplo del propio General Pacheco, y junto al de éste el de las primeras personalidades del país, ocupando constantemente en las administraciones de Rivera, conforme a una conducta diametralmente opuesta a la que se dá por característica de la época, los más altos puestos civiles y de la milicia; ocupándolos por selecta y espontánea designación de Rivera, para que lo acompañasen, como lo acompañaban solidariamente, en las gestiones políticas y administrativas de su Gobierno, en la organización y en el

régimen de sus admirables ejércitos de campaña.

Que el General Rivera, á quien se guían y con quien colaboraban, real y positivamente, las mayores notabilidades de su tiempo, siéndole todas ellas, sin ninguna excepción, inferiores, fuera exclusivamente el desordenado y el dilapidador, tampoco naturalmente se concibe; y tanto es así que el General Pacheco ha tenido a bien presentar el sistema de administración que describe en sus *Notas* cual un producto del medio ambiente, en el que todo el mundo sería responsable, no siéndolo, así, en resumidas cuentas, ninguno.

Lo que hay en todo esto es que las *Notas* histórico-políticas del Sr. General Pacheco, fueron escritas en circunstancias en que dicho señor General se proponía el adrecomiamento de muy antagónicos elementos que actuaban en la política del país, según lo comprenderá inmediatamente el lector acabando la lectura de las *Notas*.

Se proponía Pacheco, cuando fueron escritas esas *Notas*, después de la Guerra Grande, la vuelta al país del General Rivera, con quien se hallaba en inteligencia, y la consiguiente exaltación del mismo al poder. Notorio es que Pacheco fué el creador del triunvirato que sucedió á la revolución del 18 de Julio de 1853, que importaba el pleno auge de Rivera.

Necesitaba Pacheco recomendar á Rivera a sus adversarios de la vispera, á aquellos que no hubiesen evolucionado

aún como el mismo Pacheco, pero debía hacerles concesiones, aunque fueran teóricas o especulativas, y darles seguridades a su vez.—Esto, en nuestro concepto, explica más de una de las anomalías y equilibrios que se notan en sus apuntes, fuera del amargo dejo que experimentó y aún conserva de la influencia argentina en Montevideo, enteramente anti-riverista y anti-tradicional; fuera del recuerdo de sus injustificadas luchas montevideanas contra el gran caudillo, luchas que de algún modo tenía Pacheco que cohonestar.

Club colorado "Rivera"

ASAMBLEA GENERAL

Se cita a los señores socios a la Asamblea General, que se efectuará el Domingo 7 del entrante Junio a las 10 y 30 a. m. a fin de dar cuenta y considerar la siguiente orden del día:

- 1.º — Admisión de socios presentados.
- 2.º — Informe de la comisión especial encargada de dictaminar sobre el proyecto de conmemoración del centenario de la Batalla del Guayabo,

Montevideo, Mayo de 1914

EL SECRETARIO GENERAL

Notas sobre los partidos en el Estado Oriental y sobre el General Rivera

Por el General Melchor Pacheco y Obes

(Véase el número anterior)

Ha sido el General Rivera Jefe de División en la época de Artigas, y en esa época, donde su división acampaba, se refugiaba el respeto a la propiedad, a la moral y a la religión.

En esa época la marcha del General Rivera de un Departamento era una calamidad pública, porque todo lo que podía sucederle era anarquía y barbarie.

Montevideo había sido confiado al mando de Otorquéz, que con 300 facinerosos vino a convertir la capital del Estado en un verdadero Páramo.

Al medio día las calles de Montevideo presenciaban robos, estupros, asesinatos; el sacerdote era insultado en el altar; contra el crimen ninguna autoridad existía; como el que del crimen quisiera quejarse encontraría la

orgia en el salón de la Justicia, el vandalismo en el sitial del Gobierno.

Las familias que no habían podido huir vivían temblando y encerradas en sus casas, porque los salteadores no habían dado todavía en arrumbar las puertas.

Tal era la situación de nuestra capital cuando el General Rivera tocó a sus puertas. Al instante arroja a Otorquéz y sus salteadores y da protección a todo el mundo, hace respetar los derechos de todos, y aún contra la voluntad de Artigas impide que el título de porteño o de español fuese un motivo de proseripción.

En Montevideo debemos al General Rivera muchas angustias evitadas a nuestros padres, como en el Estado Oriental se le debe el haber impedido

que el salvajismo de la época de Ar-
tigas lo invadiese todo, haciendo im-
posible el restablecimiento de la so-
ciedad. Con esto el General Rivera
ama hasta la exterioridad de la civili-
zación. Nunca se le ha visto con *chi-
ripá*, nunca el usarlo ha sido un moti-
vo de buena acogida para él.

Bajo su mando los hombres de inte-
ligencia han sido respetados, como
que rodearse de ellos y darles impor-
tancia era su principal conato.

Calla, sin embargo, cuando desde
Montevideo se le llama salvaje y gau-
cho, tal vez por los hijos de los que
el salvajismo acaudillaban, y de cierto
por los hijos de los que por él no fue-
ron salvajes y gauchos.

Se calla cuando Buenos Aires le re-
procha su mala voluntad para con los
porteños, a él que desde que las cruel-
dades de Rosas provocaran la emi-
gración, dió orden en varias formas
para que diesen de comer a todo
él que se presentase diciendo: *soy
emigrado argentino*; como dió
la orden en varias sastrerías para
que se diese ropa al que la pi-
diere con ese título; fuera de
eso existen por centenares los hijos
de Buenos Aires a quienes ha dado
habilitación ó ha proporcionado ocu-
pación por el Estado, en sus propie-
dades o en las de sus amigos.

En su administración de cierto que
el General Rivera no podría respon-
der a todos los cargos que se le ha-
cen.

No se ha hecho todo lo que se po-
día por el progreso del país.

Las rentas públicas no han sido ma-
nejadas cual se podía.

Por veces la práctica de las institu-
ciones ha sido nula delante de la
omnipotencia personal.

¿Es esto todo imputable al General
Rivera?

¿Los abusos han sido tantos como
se propala?

No á la personalidad del General
Rivera sino á la generación á que
perteneció, á las malas tradiciones de
ella, debe atribuirse lo que se le re-
procha en administración.

El General Rivera y los hombres de
su época tenían sobre su gobierno las
ideas de los mandones coloniales, á
quienes se decía: «Vaya Vd. á gozar
de tal puesto», «en tantos años el
puesto debe darle tal fortuna».

Así, para esos hombres, el empleo
público tenía por objeto, bienestar
para el individuo, y nó provecho para
la colectividad: un real mal habido
de una arca particular era infamia;
un millón de las arcas públicas, título
de consideración.

Consecuencia de tales ideas, es lo
que ha sucedido sobre administración
en todas las que fueron colonias es-
pañolas; como consecuencia de las
nuevas ideas es la reforma que á ese
respecto se observa también en todos
los nuevos Estados.

La responsabilidad, pues, en mala
administración pertenece á todos los
que con el General Rivera han gober-
nado; mientras á su carácter personal
se debe el que el despotismo jamás
haya arrancado lágrimas entre nos-
otros, y el que la dilapidación haya
sido menos egoísta que en otras par-
tes.

Bajo la omnipotencia del General
Rivera, sus mayores enemigos han
podido vivir sin zozobra y aun hosti-
lizándole.

En el despilfarro de la renta públi-
ca había para todos, y si á él le to-
caba alguna parte esa misma iba á
repartirse con el necesitado.

Igual suerte cabe al reproche de du-
plicidad en la alianza con los enemi-
gos de Rosas.

Como ellos el General puede que-
jarse, sin que en la duplicidad pue-
dan apoyarse las quejas recíprocas.

La causa de ellas existe verdadera-
mente en el espíritu de localidad que
Orientales y Argentinos llevan al ex-
ceso.

Unido el General Rivera con los
unitarios contra Rosas, ambos se de-
tenían a cada paso delante de lo que
les parecía interés Argentino, ó inte-
rés Oriental; los celos mútuos se mez-
claban; la mala voluntad venía, y na-
turalmente el servicio general se hacía
mal por unos y por otros.

Dos hechos van á darnos la prueba
de esto.

El General Rivera al frente de
2.000 hombres, y á diez días de mar-
cha del General Lavalle, le dejó ba-
tirse solo y perderse en el Sauce
Grande.

La emigración del Sud, 1.200 hom-
bres de caballería, rehusó pasar de
Montevideo al Ejército Oriental, 10
leguas distante, para asistir á la Bata-
lla de Cagancha, que por la despro-
porción de fuerzas debió perderse por
los Orientales.

En el primer caso es la voluntad del
General Rivera la que expone á los
Argentinos.

En el segundo, es la voluntad de
Agüero, de Varela, de lo más promi-
nente de la emigración argentina, la
que expone á los Orientales.

Sin embargo, el General Rivera ha
bajado la cabeza delante de este car-
go, como delante de los demás.

Lo que precede es la expresión de
la verdad, y nó la apología del Gene-
ral Rivera. El que escribe estas líneas,
que antes que nadie en el Estado
Oriental tuvo miedo por las libertades
públicas, de la influencia personal de
ese hombre, conoce como cualquiera
ó más que otro sus inconvenientes;
solamente no exajera esos inconvenie-
ntes, ni los examina á la luz de la
pasión.

Por eso quiere que no se juzgue al
General Rivera separándole de la
escena en que ha figurado, olvidando
las circunstancias que le han rodeado.

Quiere que no se citen los abusos
que pueden reprochársele, olvidando
los bienes que deben atribuírsele.
Son:

Las costumbres del país dulcifica-
das.

Su civilización avanzada.

La venganza y barbarie excluidas
de las discordias civiles.

La importancia de la patria aumen-
tada.

Su prosperidad llevada á un punto
increíble en medio de la guerra con
Rosas.

Los hombres á lo Wáshington, ra-
ros en todas partes, lo son más en las
que fueron colonias españolas, donde
el hombre, con la sangre meridional,
ha recibido la educación que podía
dar la España de 1800, es decir:

Fanatismo en vez de religión;

En vez de subordinación, servili-
dad;

Individualismo en vez de civismo.

Luego:

Sed de poder;

Sed de opulencia;

Sed de ruido;

Sed de goces sensuales;

La ciencia de la fuerza;

La ignorancia del derecho;

La ignorancia también de la vida
de la familia.

El General Rivera no ha sido de
cierto un Wáshington.

Pertenece á la familia de los caudi-
llos, producto del atraso de la civili-
zación en la América Española.

Se le hará justicia colocándole al
lado de sus colegas. Si; compáresele
con Santa-Ana, con Obando, con He-
rrera, con Flores del Ecuador, con
Vivanco, con Alvear, con Quiroga,
con López, véase lo que éstos, lo que
cada caudillo ha hecho en el poder,
cuando ninguno ha tenido la omnipo-
tencia del General Rivera; véase esto
decimos, y habrá que convenir en que
para con él, los juicios de sus con-
temporáneos son más que severos.

(Continuará).

Biografía de Anita Garibaldi

(CONTINUACIÓN)

SEGUNDO PERIODO

En combinación con la división ene-
miga de Andrea se acercaba la divi-
sión Acunha por la provincia de San
Pablo, siguiendo la montaña y diri-
jiéndose hacia *Cima da Serra*.—Los
Serranos (montañeces) pedían auxilio
al General y él les envió una expedi-
ción al mando del Coronel Teixeira,
de la que formábamos parte yo y las
reliquias de mi marina.

Incorporados con los Serranos, á
las órdenes del Coronel Aranha, bati-
mos en Santa Victoria al Brigadier

Acunha, con tan buen éxito que esa división enemiga quedó completamente deshecha. Anita presencié a caballo ese combate. Ella fué de mucha ayuda á los heridos, atendidos por nosotros lo mejor que se pudo sobre el campo de batalla, por falta de cirujanos y de ambulancias. Con la victoria la República volvió á ser dueña de los tres departamentos de Lages, Vacaria y Cima da Serra;—pocos días después entramos triunfantes en Lages.

Mientras tanto la invasión imperial había dado nueva vida al partido monárquico en la provincia de Misiones, y el Coronel Melo, imperial, había aumentado su fuerza hasta quinientos hombres de caballería. El General Bento Manoel, encargado de batirlo, no lo alcanzó, contentándose con enviar al Teniente Coronel Portinhos en persecución de Melo, quien tomó la dirección de San Pablo. Nuestra posición y nuestras fuerzas no solo nos facultaban para oponernos á Melo sino que nos habilitaban para anonadarlo.—La suerte no lo quiso así. El Coronel Teixeira, incierto de si el enemigo se dirigiría por Vacaria ó por los Coritibanos, dividió en dos su fuerza, mandó al Coronel Aranha, con la buena caballería de la Serra, por Vacaria, y marchamos con la infantería mandada por mí, y con poca caballería, compuesta en su mayor parte de los prisioneros hechos en Santa Victoria, hacia Coritibanos. Esta era también la dirección tomada por el enemigo; le encontramos, y á pesar del mucho valor de Teixeira, nuestra caballería fué enteramente derrotada, quedando nuestra infantería, en número de setenta y tres, en medio del campamento, rodeados por quinientos hombres de caballería enemiga victoriosos.

Anita tenía que probar ese día las peripecias amargas y contrarias de la guerra.

Resignándose difícilmente al simple rol de espectadora, solicitaba la marcha de las municiones temiendo pudiesen hacer falta á los compañeros que combatían, haciéndolo suponer así el fuego nutrido de la infantería. Mientras se acercaban á la escena principal de la pelea, se les presentó la caballería enemiga que perseguía á la nuestra y parte de la cual se arrojó sobre el convoy. Anita, esbelta y jinetica como era, hubiese podido evadirse anticipándose á la fuga é interponiéndose así largo trecho entre ella y los perseguidores; pero su alma era inaccesible al pánico, y no se pudo resolver á retirarse sino cuando ya era demasiado tarde. Con todo dió un brinco y pasó por en medio de ellos no recibiendo sino un balazo que, rozándole la cabeza, le agujereó el ancho sombrero que acostumbraba llevar. Tal vez se hubiera salvado si otro balazo no le hubiese matado el caballo, obligándola á rendirse al Coronel

enemigo. Si era su valor sublime en la refriega, más aún lo era en la adversidad y ante aquel Estado Mayor asombrado, es cierto, de su valor, pero no educado lo bastante para ocultar la sonrisa irónica del vencedor, ella respondía con desdén y con desprecio á los cargos y á las críticas que se hacían á los Republicanos.

Pidió permiso y lo obtuvo para buscar entre los cadáveres el mío—creyéndome muerto—para sepultarlo. Ella recorrió largo rato la escena de horror que presentaba aquel terreno encharcado de sangre, buscando al que temblaba hallar—observando con afán entre las muchas víctimas las que se asemejaban un tanto, pero en vano... ¡Yo estaba destinado á humecer con mi llanto la mejilla helada de la mujer de mi corazón!... Ni una flor... ni un puñado de tierra... pude derramar sobre la tumba de la madre de mis hijos!...

Desde aquel momento Anita no pensó más que en la fuga. Aprovechando la dose de la embriaguez de los enemigos vencedores, penetra en un rancho cercano donde una mujer la acoge sin conocerla. Mi poncho se hallaba en poder de un soldado enemigo; mi esposa lo cambió por el suyo que era más valioso;—quería tener una prenda de su amado y moriría antes de abandonarlo. Muy pocas horas quedaban aún de aquel triste día, y ellas parecían años á la valerosa. Sobrevino la noche y Anita desapareció por la floresta.

Quien haya visto la floresta inmensa que domina el vértice del Espinazo (la cordillera principal del Brasil), sus pinos seculares, columnas verdaderas de aquel templo magnífico de la Naturaleza, y sus *tacuaras* gigantescas, podrá tener una idea de las dificultades vencidas por la arrojada americana. ¡Sola... y sin alimentos... desde Coritibanos hasta Lages, en un espacio de sesenta millas y en lo más espeso del bosque—es cosa que parece increíble! Los pocos habitantes de aquella parte de la provincia eran contrarios á los Republicanos y tan luego como supieron nuestra derrota se armaron, formaron emboscadas en varios puntos del camino por donde tenían que pasar los fugitivos con dirección á Lages.

En los *Cabeças* (trozo de senda casi intransitable) es donde hubo una matanza de aquellos infelices. Anita pasó de noche aquel sitio tan peligroso; y ya fuera su estrella benéfica, ya el arrojo con que lo pasó, lo cierto es que los asesinos huyeron á su vista—y huyeron perseguidos (decían) por un Ser misterioso.

Y en efecto, parecía cosa verdaderamente extraordinaria ver aquella valiente mujer montada en un corcel fogoso (pedido y logrado en una casa por donde pasó) volar por los despeñaderos en aquella noche borrascosa

y á la luz de los relámpagos. Y tal fué aquella noche de desdichas. Cuatro hombres á caballo puestos de centinelas al paso del río Canoas, huyeron al aparecer la visión y se hundieron en los barrancos de la orilla derecha. Intertanto Anita llegaba á la orilla del río, henchido por las lluvias y amenazador como un torrente de montaña, y lo pasó, pero no como antes, apaciblemente sentada en un cómodo bote, sino nadando agarrada á la crin del caballo que animaba con su voz. Salvó las olas rujientes en una travesía no menor de quinientos pasos y llegó á la orilla opuesta! Una taza de café en Lages fué el único alimento tomado por la intrépida viajera durante los cuatro días que empleó para alcanzar en Vacaria la tropa del Coronel Aranha.

Teixeira y yo, con setenta y tres compañeros llegábamos á Lages, volviendo de la derrota, y después de haber superado muchos peligros é incomodidades, me alcanzó Anita después de una separación de ocho días.

Pasamos unos meses en aquellas regiones montuosas, donde las fuerzas beligerantes divididas por el río Canoas no trabaron sino escaramuzas de poca consideración y donde los Republicanos, aunque hubiesen reunido todas sus fuerzas, no eran ya capaces de obtener ventaja sobre los imperiales.

El Imperio juntó fuerzas en Porto Alegre poniéndolas á las órdenes del General Giorgio (1); éste efectuó una salida y estableció su campamento á orillas del río *Cahi*; mientras que el General Calderón lo alcanzaba allí atravesando toda la campaña del Río Grande.

(Continuará).

Montevideo antiguo

El Buceo

1752

Hace la friolera de 138 años que la buena gente del antiguo Montevideo, bautizó con el nombre tradicional del *Buceo*, al paraje que se conoce con esa denominación en la costa Sur del Río de la Plata, perteneciente al Departamento de Montevideo, que Dios guarde.

¡El *Buceo*!... ¿Quién no conoce, de la vieja y moderna generación, ese lugar histórico, cuyo pie bañan las aguas del Plata salado, y cuyos médanos fueron testigos silenciosos del desembarco de los ingleses, de la apretada de gorro del marqués Sobremonte («Virrey de tras los Montes»), como le pusieron en la opuesta orilla por otra apretada de gorro), co-

(1) En español Jorge; ignoramos si el ilustre biógrafo italianizó este apellido.—N. del T.

mo lo fueron de la *Zanja Reyuna* de Lecor en tiempo de la *Patria vieja*, cuyos vestigios todavía se ven, como haciendo guardia á la *fosa común* (de que nos libre Dios) y de las trifulcas de la Guerra Grande, cuando los *ca. cherulos* de Garibaldi lo visitaron?

Si, el tal *Buceo* es más conocido que la ruda, y mucho más desde que se les ocurrió á los buenos vecinos de la Villa de la Unión establecer en ese lugar su Cementerio, dando de baja el de la Capillita de la Mauricia; idea que hizo camino, siguiéndola los de San Felipe y Santiago, creando posteriormente allí otro Cementerio, *mirando para adelante*, como para que no les pasase lo que con el Central, que cuando acordaron, no bastaban sus tres cuerpos, y, sobre todo, se encontró rodeado de población, suprimiendo el campo donde antes se ca. zaban perdices.

Y vayan ustedes con ese ir y venir por el camino *via crucis* á esa nueva mansión de los despedidos hasta el valle de Josafat, á que no fue el *Buceo* más conocido que la ruda, encontrándose en ese lugar dos Cementerios juntitos, muy bonitos y espaciosos, con tantos visitantes, en que no dejó de tener su buena parte el donatario del terreno, ó parte de él, don Antonio María Pérez, oriental por los cuatro costados (Q. E. G. S.), como la tuvo en su formación y ador. no el pobre César Dupón (Q. E. P. D.), y como la tiene en su embellecimiento en la actualidad el infatigable Cantera, Q. D. G. por muchos años.

¿Y qué dejamos para los pescadores de red, que á ojos cerrados conocen el puertecillo del *Buceo*, refugio en las tempestades, que con el farolito en la buceta y la mano en el timón, andan por aquellas aguas apresando las pobres corvinas y pescadillas entre sus mallas?

Todos conocen más ó menos el mentado *Buceo*, sin ser buzos, pero el origen del nombre es harina de otro costal.

¿Por qué diablos le pusieron el *Buceo* á ese paraje de nuestras costas? preguntará acaso por casualidad alguno de nuestros benévolos lectores, como quien dice: al grano, que la paja se la lleva el viento.

—Hombre, tiene usted razón.—
¿Por qué quiere que fuese?

Porque los buzos del siglo pasado, cumpliendo órdenes del Gobernador de la flamante *Plaza de Armas y Gobierno Político y Militar* que hacía su estreno,—bucearon en esa costa, y no sin fruto, algo así como el *vil metal*, ó moneda sonante (que es la mejor), que por allí se había tragado el Plata, para justificar, sin duda, el nombre con que lo favoreció Gabot, desde sus vertientes, siquiera en su buche. Y como el *vil metal* está asegurado contra el elemento líquido, aventajándole en eso y en otras cosas al

papel de cualquier clase, los buzos, después de santiguarse y acomodarse un par de escapularios, acometieron ardorosos el buceo del que se había embuchado el travieso «rio como mar» de los indígenas, en esas alturas, dando al traste en sus «hinchadas de lomo» al navío nombrado *Nuestra Señora de la Luz*, que lo llevaba, eclipsándose para siempre entre los islotes cercanos, que le jugaron una malísima partida, allá por el año 1752, en el mes de Mayo.

Así como suena; y allá va con peces y señales la tradición del siniestro de *La Luz*, el monto de los caudales que le vaba, lo que extrajeron los buzos y lo que quedó por sacar, que si los peces no lo tomaron por carnada, ó se lo encapillaron en las escamas, á manera de las barras de Aragón, estará en el fondo del mar, haciendo *vis á vis* al *Buceo*.

En Mayo del año 1752, naufragó, bajo un temporal, el navío nombrado *Nuestra Señora de la Luz*, de bandera y tripulación portuguesa, en la costa que conocemos por del *Buceo*. Iba de Buenos Aires para España con caudales, tocando de tránsito en este

puerto. De 153 personas de su bordo, ninguna salvó, todas perecieron, yéndose á pique al frente de esa costa.

El entonces Gobernador Viana, trató desde luego de ver si se podía salvar algo del rico cargamento que conducía, disponiendo que fuesen buzos al lugar del siniestro á tentarlos. Los buzos lograron recuperar mucho del caudal efectivo, quedándole desde entonces, y con ese motivo, el nombre del *Buceo* á ese paraje de nuestra costa.

Los caudales que contenía el navío, y lo que se extrajo de ellos hasta el 12 de Mayo de ese año, así como lo que quedó sin salvar, consta del siguiente curio ó cuadro ó estado, que, gracias al arte de Gutenberg, que como ha dicho nuestro antiguo y respetado bardo Alejandro Magariños Cervantes,—«por muy frágiles que sean las páginas donde deja estampa da la idea, con la facilidad del molde sobre la cera, sobreviven al mármol y al bronce, atravesando la corriente de los siglos», podemos conocerlo en el Ensayo Histórico del *Deán Funes*, á que nos remitimos:

Especies	Embarcadas	Sacadas	Perdidas	Costo	Líquido
Pesos dobles	899,892	864,882	35,010	73,515	791,367
Dobloones	173,482	161,010	12,472	13,686	147,324
Texos	5,219	3,624	4,595	308	3,316
Plata labrada	5,233	896	4,337	76	820
Sencilla	250	211	39	18	193
Totales	1.084,076	1.030,623	53,455	87,603	943,020

No es mal pucho ese de 53,455 pesos que quedó para diversión de los peces en el fondo del casco de *La Luz*, primo hermano de una lotería grande en estos tiempos.

La crónica de aquella época lejana no dijo si las lanchas del Apostadero, que, contra viento y marea, conducieron á los buzos á la empresa, volvieron al puerto empavesadas en señal del triunfo metálico, como el *Empereur* y el *Plata* de Lussich en estos tiempos, anunciando la feliz nueva del salvamento humano de los pobres marinos naufragos del *Georgina* en el Banco Inglés, el más tragón del Plata salado; pero las cartillas viejas de-

ciañ que, al regreso con el fruto valioso del buceo, no quedó bicho viiente de calzón y coleta que no fuese á la novedad al embarcadero, a festejar á los buzos y hacer lenguas de la cosa, envuelto cada cual en su capote, dando el ejemplo el de Viana, que tan contento estaba, que despachó en un dos por tres la caja del rapé, tomandolo y repartiendo narigadas.

No era para menos el éxito del buceo. Y *Buceo* le quedó al lugar por *in secula seculorum*—Amén.

ISIDORO DE-MARÍA.

1888.

RIVERA.—30 DE MAYO DE 1914

1. EL GENERAL RIVERA EN MALDONADO (1847).—PENURIAS DE LA GUARNICIÓN E INculpACIONES A RIVERA.—ENÉRGICA DEFENSA DEL CORONEL FELICIANO GONZÁLEZ.

2. UNA ACOTACIÓN A LAS «NOTAS» DEL GENERAL PACHECO.

3. CLUB COLORADO «RIVERA».—*Asamblea General*.

4. NOTAS SOBRE LOS PARTIDOS EN EL ES-

TADO ORIENTAL Y SOBRE EL GENERAL RIVERA.—Por el General Don Melchor Pacheco y Obes.—(Véase el número anterior).

5. BIOGRAFÍA DE ANITA GARIBALDI, ESCRITA POR SU ESPOSO EL GENERAL GARIBALDI Y TRADUCIDA DEL ORIGINAL ITALIANO.—Por L. D. Destéffanis.

6. MONTEVIDEO ANTIGUO.—*El Buceo*.—1752. Por Isidoro De-María.

Imprenta LA RURAL, calle Florida 1474 y 1485

INDICADOR PROFESIONAL

Ambrosio L. Ramasso, abogado; dio, Cerrito 592.
 Juan M. Lago, abogado; estudio, Sarandí número 200.
 Carlos Martínez Vigil, abogado; estudio, Treinta y Tres número 187.
 José R. Habiaga, abogado; estudio, Cerrito 592.
 Lorenzo Barbagelata, abogado; estudio, Buenos Aires número 585.
 Carlos Travieso, abogado; calle de S. de Octubre 102.
 Alfredo Gribaldi, escribano; Río Negro número 220.

RIVERA

REVISTA PERIÓDICA

Suscripción pagadera adelantada

En la capital, por seis meses \$ 1.20
 En campaña y extranjero, por seis meses » 1.50
 Por avisos: convencional.
 Hay disponibles, colecciones completas de la Revista.

Dirección y Administración
 calle Lavalleja 1843



LUSTRE FRANCÉS DE BROWN

PARA Botines y Zapatos de Señoras y Niños.

Se le Adjudicaron los Mas Altos Honores en las Exhibiciones de:
 Filadelfia en 1876 Melbourne, en 1889
 Berlin, " 1877 Frankfurt, " 1881
 París, " 1878 Amsterdam, " 1883
 y donde quiera que se ha exhibido.
 En cada botella lleva la Medalla de París.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES.
 Este charol es líquido y se aplica a los zapatos u otros artículos de cuero por medio de una esponja, sujeta a la tapa de corcho con un alfiler; y de modo que cualquiera pueda usar el charol sin mancharse los dedos. No se necesita cepillo para sacar lustre. Se seca inmediatamente después que se ha untado, y no mancha la tela mas delgada del vestido.
 Se vende en Sud América por conducto de Comerciantes y Vendedores.
B. F. BROWN & CO.,
 Boston, E. U. de A. Fabricantes

Consignación de Buques y Mercancías
DESPACHOS DE ADUANA
Domenech hermanos
 CALLE DE LOS CARROS
 MALAGA (España)

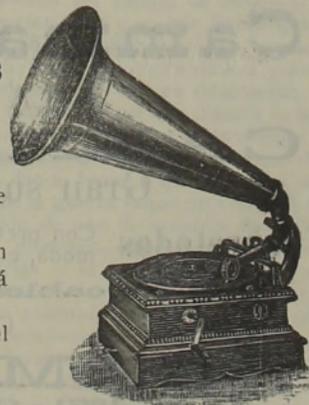
LA ORIENTAL
Hipólito M. Barbagelata y Cia.
FABRICA DE TEJIDOS
 de PUNTO, de LANA y ALGODON
 VENTAS POR MAYOR
 Calle Arenal Grande números 27 y 27a

La casa que vende más barato
 y que ofrece mas variado y selecto surtido
 es el **BAZAR PITTAMEGLIO**
 VISITEN SU EXPOSICION Y SE CONVENCERAN
Avenida 18 de Julio 500, esquina Médanos
MONTEVIDEO

LIBRERIA VÁZQUEZ CORRES
Avenida 18 de Julio N.os 36 y 38
 Completísimo surtido de Librería y Papelería
IMPRESA Y ENCUADERNACION

Tarjetas de fantasía y participaciones de enlace, programas, carnets, etc., etc.
 GRAMÓFONOS.—Desde 10 pesos. con voces muy fuertes y claras. Se someten á prueba.
 DISCOS —De los mejores artistas del mundo.

Se componen gramófonos



Casa Mérola y Cía.

DEL RIO DE LA PLATA
DIPLOMADO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE SASTRES DE PARIS

Señores militares y particulares; hombres, señoras y niños. -- Pidan á sus proveedores: carnicería, almacén, tienda, zapatería, farmacia y bazares, 1. ESTAMPILLA VERDE que deben regalarle, una por cada diez centésimos de gasto.

Esta casa le recibe dicha ESTAMPILLA como dinero en pago de sus compras á razón de treinta y cinco centésimos el ciento de dichas ESTAMPILLAS.

CASA DE COMPRAS EN PARIS
AVENIDA 18 DE JULIO 230 Y 234--MONTEVIDEO

No Más Calenturas!

Las PERLAS de SULFATO de QUININA, BROMHIDRATO de QUININA, CLORHIDRATO, VALERIANATO de QUININA, etc. del **D^o CLERTAN**, de sal de quinina químicamente pura, de fabricación francesa y están preparadas por un procedimiento aprobado por la Academia de Medicina de París. -- Bajo una envoltura gelatinosa, delgada, transparente y muy fácil de digerir, la Quinina se conserva indefinidamente sin alteración y se toma sin que deje ningun amargor. Cada frasco contiene treinta perlas, ó sea tres gramos de Sal de Quinina. En Adelante cada perla de quinina del **D^o Clertan** llevará impresas las palabras: **Clertan París.**

FABRICACION Y VENTA POR MAYOR:
CASA L. FRÈRE, A. CHAMPIGNY & C^{os}, Soc^{os}
19, rue Jacob, Paris

Nota: Es absolutamente indispensable exigir la marca: **Clertan**

Se vende al por mayor en la mayor parte de las Farmacias.

JARABE para EMPACHO
(JARABE para INDIGESTIONES)



Aprobado por el Consejo de Higiene
Farmacia del Globo--Montevideo

Recordmans Americanos

NEWBERY - Altura 6250 metros

FELS - Travesía sobre agua, 2 horas 40 minutos

Cammarano - Sobretodos a \$ 5.00

LA GRAN MODA DE ESTE INVIERNO

CAPAS - CAPAS - CAPAS

Gran surtido - Militares - Estudiantes - Españolas

Sobretodos Con presillas y bolsillos de plaqué, envidados a la inglesa, de colores de moda, corte elegante, ULTIMA NOVEDAD. El chic del chic. \$ 5.00

Impermeables-Ponchos-Capas y capotes-Impermeables

Casa de reconocida competencia en ropa de medida

CAMMARANO Y C^{IA}

1871 - Ciudadela - 1871 Frente a la calle de Colonia y Monte Piedad